

AÑO XVIII.—NÚM. 5359.

18 DE ABRIL DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 18 de Abril de 1879.

TEATRO MIQUEL.

Para el sábado 19, la preciosa comedia nueva:

EL NOVENO MANDAMIENTO.

El monólogo nuevo

NUDOS Y NUDITOS

en que pintará el Sr. Castilla a la vista del público un cuadro al óleo,

EN CINCO MINUTOS.

LA COSTUMBRE DE DARSE LAS MANOS.

Los periódicos ingleses refieren rasgos y reminiscencias de Mr. David Urquhart, redactor de la «Diplomatic Review», muerto hace poco, conocido de medio siglo a esta parte como el más celoso defensor de los turcos, y que introdujo el baño de ese nombre en la Gran Bretaña. Mr. Urquhart fué hombre de algunas rarezas, entre las cuales podía contarse como la principal su antagonismo al hábito de darse las manos. La «Pall Mall Gazette», de Londres, dice: «Ayudado por varios padres eclesiásticos de Escocia, fundó Mr. Urquhart no hace muchos años una sociedad cuya tendencia era abolir la odiosa costumbre de darse las manos, y sustituir en su lugar la zalema de los turcos, acompañada de algunas exclamaciones cristianas».

Porque, según decía ese sujeto, el darse las manos entre dos individuos de desigual posición en la vida, era una baja condescendencia de parte de uno y una impertinencia de parte de otro. Los turcos no se estrechan las manos para saludarse; ni él tampoco, porque eso conduce a la familiaridad, la familiaridad a las falsas nociones de la igualdad, y estas al comunismo. Tales ideas y otras del mismo tenor las expresó Mr. Urquhart en un folleto que publicó bajo el título extravagante de «La desolación de la cristiandad por la sustitución de la familiaridad por la cortesía». De esta obrilla le mandó el autor un ejemplar al Papa, quien contestó con una carta en latín dando las gracias y conviniendo en que «no veía razón para negar que era deseable el modo de saludar que recomendaba Mr. Urquhart».

No cabe duda que el estrecharse las manos es un hábito, socialmente considerado, de origen democrático, y como tal, ocasionado a la familiaridad—que tanto repugnaba al individuo arriba mencionado.—Pero si lo consideramos bajo otros puntos de vista, no parecerá menos objeccionable. No todas las personas, aun de la buena sociedad, son de manos aseadas y sanas: muchas al contra-

rio, por naturaleza ó por descuido, son de manos frías y húmedas; otras padecen de enfermedades cutáneas, y bien que no transmitan el contagio, su contacto causa asco.

En la novela «Copperfield», de C. Dickens, hay un personaje cuyas manos apretadas á oscuras, era como coger un pescado recién salido del agua. En los catarros fuertes y en las enfermedades pulmonares, las manos del paciente se ponen calientes y húmedas, siendo, pues, asqueroso, si ya no peligroso, estrecharlas por las personas enfermizas ó de constitución delicada. Varios casos pudiéramos citar en que por haberle dado á un acatarrado, á un ético ó á un leproso, ó contrajo la enfermedad la persona sana, ó por el mero contacto murió de asco.

Antiguamente, en vez de apretón de manos, era costumbre el darse el ósculo de paz las personas que se conocían ó estimaban, al encontrarse ó separarse. En la época de la revolución de Francia, los amigos se saludaban besándose en la mejilla. Bajo más de un punto de vista, esta costumbre no es menos objeccionable que la anterior. En este país todo el mundo dá la mano, y es bien sabido el auto que se celebra en Washington el 2.º de Enero de cada año, en que los apretones de manos al presidente están muy lejos de ser lo que los nominales «besamanos» de las cortes europeas.

MISCELANEA.

Un diario extranjero contiene el relato de un acto de audacia ejecutado recientemente en el Canadá, teatro legendario, como todos saben, de hazañas del mismo género.

Un individuo llamado Andrés Wellace ha atravesado á caballo el puente de hielo que se ha formado en la catarata del Niágara, paseo peligroso ya de por sí. Mas no satisfecho con esto, quiso subir á la montaña de hielo que las aguas han acumulado en la base de la catarata.

El espectáculo era conmovedor. Con mucha calma y habilidad el caballo fué trepando por los resbaladizos flancos de aquel enorme montón de hielo, y al cabo de algunos minutos llegó á la cumbre.

Una vez allí, en medio de una nube que ocultaba el cono, y á la vista del espectador, el caballero y el caballo aparecieron como suspendidos en los aires.

Durante algunos instantes el caballo caracoleó sobre la cresta del cono, desde el cual un paso en falso habría podido precipitarle en un abismo de 70 pies de profundidad. El caballo volvió acto continuo al punto de partida; en medio de las aclamaciones de los espectadores.

Noticias telegráficas de Argel dan cuenta de la catástrofe ocurrida en aquella colonia por consecuencia de las nieves, caso raro y sorprendente en el país.

Según parece, una columna de soldados, compuesta de tres compañías de zuavos, dos de tiradores, un escuadrón de cazadores y un destacamento de administración, en todo 755 individuos de tropa y 22 oficiales, salió de Aumale para Boghar el 26 del pasado para relevar la guarnición de esta plaza.

Seguía su ruta ordinaria en las mejores condiciones, cuando el 28 se vió envuelta entre Souaki y Souk el Tleta por una tempestad de nieve tan impetuosa y tan violenta, que solo después de mil penalidades logró el destacamento llegar á su destino con la nieve hasta la rodilla. La columna perdió en la marcha diez y ocho hombres, que murieron de frío y de cansancio. Catorce más se hallan en el hospital de Boghar en muy mal estado, y otros dos hubo que dejarlos en el camino, en casa de un cadí amigo de los franceses.

En el país nadie recuerda haber visto ni oído hablar de un suceso semejante.

Escriben de Natal que la pérdida total de los ingleses en Isandida ha sido de 850 europeos y unos 900 auxiliares indígenas muertos. El botín recogido por los zulúes ha sido de 128 wagones que contenían provisiones por valor de 70,000 libras esterlinas, 300,000 cartuchos, 1,200 fusiles Martini Henry, dos cañones Armstrong, una batería de obuses, todo el bagaje de las tropas inglesas, unos 2,000 bueyes, 300 caballos y 50 mulas.

Leemos en el Osservatore Romano: «En San Martino de Lapari, cerca de Citadella (Pádua), ha ocurrido un terrible suceso, cuya narración es la siguiente:

Volvia, de noche ya, el párroco del pueblo á su lugar, después de visitar á un enfermo, cuando al pasar junto á una casa, maravillándole ver la puerta de par en par, se acercó y oyó un gemido. El buen párroco, encendiendo una cerilla penetró en la habitación, donde se ofreció á su vista un espectáculo horrible:

Marido y mujer yacían en el suelo nadando, en sangre y pendiente de una cuerda una criatura que no estaba muerta aun, pues de sus labios se escapaba un débil quejido. Logró el sacerdote cortar la cuerda, salvando al angelito, salió con ella de la casa, y á fuerza de interrogar á la infeliz huerfanita, logró enterarse de los horribles pormenores del suceso.

Cuatro hombres enmascarados habían penetrado en la vivienda,

dando muerte á sus padres y ahorcándola á ella con la esperanza de hacer desaparecer el único testigo de su crimen pero la Providencia la había salvado para castigarlos.

Llegado á su casa, llamó el sacerdote: vino á abrir el criado, y al ver á la niña, súbita palidez cubrió su semblante.

Notólo el párroco, pero haciendo como si nada hubiese observado, acostó á la niña y se puso en acecho. Oyó rumor, como de gente que procura ahogar la voz mientras disputa, el cual venia de la cocina: acudió rápidamente, cerró la puerta, y corriendo al campanario tocó á rebato. Acudióse de todas partes, y los cuatro malhechores fueron sorprendidos con las pruebas de su delito entre las manos.

Digna es de admiración la sangre fría del buen sacerdote, pues no logró turbarle el temor de que los asesinos atentasen contra él, si veían que su crimen estaba descubierto.

Pleito.—Una viuda que sostenía un pleito en Nueva-York contra el dueño de una taberna por haber fallecido su esposo de embriaguez, ha ganado el litigio, concediéndosele el jurado cierta cantidad como indemnización de sus gastos y penas.

Se ha formado en Londres una asociación para extender en dicha capital los «Penny Readings», pasatiempos que tienen por objeto entretener á la clase obrera en sus ratos de ocio para que no se entregue al vicio. Consiste este pasatiempo en lo siguiente: se reúne los sábados por la noche en la sala de una escuela, ó en otro local á propósito, personas de todas edades que, mediante un penique de entrada, se sientan en los bancos ó galería. En el testero hay una plataforma ó tablado que sustenta un piano, cuyos sonos se dejan oír, acompañando á diversos jóvenes en sus canciones, solas ó coreadas, ó sirviendo para exhibir la habilidad de algun novel pianista.

Con ellos alternan algunos aficionados á la declamación que recitan trozos de obras dramáticas, poetas que leen sus composiciones, etc., etc., y todos los concurrentes pueden tomar parte en esta especie de Academia. De este modo los obreros se instruyen y se perfeccionan en las Bellas Artes, consiguiendo que se aparten de las tabernas y que abandonen hábitos que solo les conducían á la abyección.

La villa de Chaton-sur-Saine se propone levantar un monumento á Niéforo Niepce, verdadero inventor de la fotografía.